

Mitos de la investigación universitaria

Marcos Membreño Idiáquez

En los países pobres, la investigación se enfrenta no solamente a las limitaciones materiales impuestas por el subdesarrollo, sino también a ciertos mitos que la presentan como un lujo que sólo pueden permitirse las universidades de los países industrializados. Sin embargo, la aceptación de estos mitos como verdades incuestionables implica de alguna manera la renuncia de los países pobres a la posibilidad de salir del subdesarrollo. Porque, si algo ha quedado sobradamente demostrado en las últimas décadas, es que la producción de conocimiento representa una condición indispensable para el desarrollo de los países y que, por lo tanto, el único lujo que no pueden permitirse las universidades de los países pobres es precisamente el de no hacer investigación.

En este fin de siglo, la renuncia de cualquier universidad a hacer investigación representa una especie de suicidio institucional. La idea misma de una universidad exclusivamente docente, sin ninguna práctica investigativa destinada a la producción de nuevos conocimientos, es una verdadera *contradictio in terminis*. Una universidad que no hace investigación, no puede ser considerada como tal. Podrá ser cualquier otra cosa: una escuela, un colegio, un instituto técnico de educación media... Pero jamás una universidad. La investigación es lo que

diferencia a la universidad del resto de instituciones de enseñanza que forman parte del sistema educativo de cada país. Por esta razón, el verdadero dilema que la investigación le plantea a las universidades de los países pobres, especialmente a las universidades pequeñas, no es el de **hacer o no hacer investigación**, sino el de **ser universidad o dejar de serlo**.

Estas reflexiones preliminares muestran la importancia y la pertinencia de proceder al cuestionamiento de los mitos existentes en torno a la investigación universitaria en los países pobres. En sí mismos, estas creaciones fantasmagóricas representan un obstáculo para el desarrollo de las universidades y de los países mismos. La mayor parte de los mitos que examinaremos en este ensayo obtienen su poder de persuasión de una idealización caricaturesca de lo que son los investigadores y de lo que es la investigación misma. Cuando ésta y aquéllos son idealizados al extremo, la actividad investigativa se transforma en una quimera inaccesible para las universidades de los países pobres. Es probable que muchos de estos mitos sean fruto del mismo subdesarrollo que, a veces sin saberlo ni pretenderlo, crea sus propias zancadillas en el camino hacia el desarrollo. Pero, como quiera que sea, nos parece importante proceder a desmontarlos y desmentirlos.

“Los títulos académicos hacen al investigador”

A pesar de los juegos de imágenes que producen los títulos, la verdad es que no son los títulos los que hacen al investigador. El investigador se hace investigador haciendo investigación bajo la guía de un tutor experimentado. No hay y no existe otro camino para llegar a serlo. Todo lo demás, incluidos los títulos académicos, son formalidades accesorias, importantes socialmente, pero que no agregan nada o muy poca cosa a las habilidades y destrezas investigativas de su poseedor. Porque del mismo modo que “el hábito no hace al monje”, el “título académico no hace al investigador”.

Los títulos académicos tampoco hacen al buen investigador. Es un mito creer que la calidad de un investigador se mide por la cantidad de títulos universitarios acumulados. El buen investigador se mide más bien por la cantidad y la calidad de los resultados de sus investigaciones. Es decir, por la cantidad y calidad de los conocimientos que él ha sido capaz de producir en el área del saber en la cual ha llevado a cabo sus investigaciones. El criterio último para reconocer al buen investigador no son, por lo tanto, los diplomas, sino la práctica misma de investigación.

Con todo esto no queremos decir que las universidades de los países pobres deben renunciar a sus esfuerzos por elevar el grado académico de sus profesores. Nuestras universidades deben, por el contrario, dedicar el máximo de su creatividad y de sus recursos a incrementar el número de sus magisters y doctores. Pero no deben caer

en la tentación de creer que la investigación sólo puede provenir de los portadores de prestigiosos diplomas de posgrado o, peor aún, que sólo podrán contar con un programa global de investigación hasta el día en que toda o la mayoría de su planta de profesores se convierta en doctores. Porque mientras aguardan la llegada de ese gran día, lo cual podría durar hasta varias décadas, muchas universidades de los países pobres no harán nunca o harán muy poca investigación. Tenderán inevitablemente a mantener subutilizada las habilidades y destrezas investigativas de un sector significativo de sus profesores que no tienen diplomas de posgrado. Con este tipo de políticas, la universidad sólo contribuye a reforzar el subdesarrollo, puesto que éste sigue siendo, en el fondo, la incapacidad de un país para valorar y poner a producir sus propios recursos, aquí y ahora.

“La docencia es un obstáculo para la investigación”

La docencia no es ni puede ser nunca un obstáculo para la investigación. La razón es simple: la investigación es un proceso que está obligado a crear continuamente las condiciones que hagan posible su propia reproducción. Y la docencia es una de estas condiciones. Ella es la mediación necesaria para transmitir a los futuros investigadores las destrezas y las habilidades propias de la investigación. Sin la docencia, la investigación no podría reproducirse a lo largo del tiempo. Se extinguiría probablemente en el lapso de una o dos generaciones.

Es posible que, a nivel individual, la práctica docente sea vivida por el investigador que

la lleva a cabo, como una actividad que le sustrae tiempo, energías y recursos a su propia investigación. Desde este punto de vista, la docencia aparece como un “costo” indeseable para el investigador. Sin embargo, cuando se examinan las cosas más de cerca, pronto se advierte que la docencia puede convertirse para el investigador en una inversión muy productiva para su propio trabajo de investigación. Con una dosis mínima de creatividad y de planificación, el investigador que imparte un curso o dirige un seminario, puede obtener numerosos beneficios de su práctica docente. Mencionemos algunos:

- Los estudiantes que participan en sus cursos o seminarios pueden convertirse en verdaderos “asistentes de investigación”. Esto es positivo para los estudiantes, porque se inician en el arte de la investigación. Pero es también positivo para el profesor, porque puede contar con recursos humanos adicionales para la realización de sus propias investigaciones.

- La preparación de los cursos o seminarios dirigidos a los estudiantes puede convertirse para el investigador en una buena ocasión para revisar y sistematizar la literatura existente alrededor del tema sobre el cual realiza sus propias investigaciones. Muchos profesionales que trabajan en institutos de investigación como investigadores de tiempo completo, se quejan de no poder realizar este trabajo de sistematización teórica, sobre todo cuando llevan a cabo investigaciones “aplicadas” a la solución de problemas eminentemente prácti-

cos. El mundo de la academia universitaria, con la preparación de cursos y seminarios, les ofrece la posibilidad de evitar el inmediatismo positivista que suele caracterizar a no pocas de las investigaciones aplicadas que se llevan a cabo en los institutos de investigación de los países pobres.

- Las mismas exposiciones en clase pueden convertirse para el investigador en una forma o, si se prefiere, en un método para “rumiar” sistemáticamente los enfoques y los temas sobre los cuales lleva a cabo su propio trabajo de investigación. Esta actividad rumiante, más el diálogo y el debate que se establece con los estudiantes, pueden ayudarle al investigador a precisar sus ideas, clarificarlas o sugerirle otras nuevas. Ponerse en contacto con este público joven es también una experiencia que tiende a rejuvenecer el espíritu y los esquemas mentales del investigador.

- La actividad docente puede aportar al investigador una vivencia subjetiva que suele ser estimulante no sólo en el plano personal, sino también en el ámbito profesional. Se trata de la experiencia de formar a otros, más jóvenes, en el arte de la investigación. Esta experiencia, difícil de valorar en términos de costo/beneficio, consiste en el hecho de ser reconocido por los discípulos como un “maestro” y, por la comunidad universitaria, como alguien capaz de crear una “escuela de pensamiento”, una escuela de seguidores. En el fondo, es la experiencia gratificante de trascenderse a sí mismo a través del tiempo, en los discípulos.

“A investigar se aprende recibiendo cursos de metodología de investigación”

Uno de los mitos más enraizados en la cabeza de los responsables de promover la investigación en las universidades de los países pobres, consiste en la creencia de que el arte de la investigación se aprende en los cursos de metodologías de la investigación. Con esta visión, uno termina atiborrando a estudiantes y a profesores con una gran cantidad de cursos orientados a presentar el inventario de un sinnúmero de métodos y técnicas, que probablemente nadie terminará poniendo en práctica. Además, estos cursos suelen tener el agravante de presentar los métodos y técnicas de investigación como si fuesen “recetas”, separadas de una experiencia concreta y completa de investigación.

La filosofía que fundamenta esta forma de enseñar la investigación comete exactamente el mismo error que el instructor de natación que pretendería enseñar a nadar a sus alumnos con puros cursos teóricos de natación, sin ponerlos jamás en contacto con el agua para que puedan comenzar a chapotear, moviendo sus brazos y piernas. Y, aunque sea necesario un conocimiento mínimo de ciertas técnicas, lo cierto es que a nadar sólo se aprende metiéndose al agua y poniéndose a nadar. El perfeccionamiento técnico se conseguirá a medida que el aprendiz se sienta a gusto en el agua y motivado a explorar aguas más profundas. Solamente entonces experimentará la necesidad de aprender y de poner en práctica las nuevas técnicas que le irá enseñando su instructor de natación,

al punto de convertirlas en movimientos automáticos, casi inconscientes.

Lo que es válido para el aprendizaje de la natación, también es válido para el aprendizaje de la investigación. En lugar de multiplicar los cursos de metodologías de investigación, la universidad tendría que crear las condiciones para que los profesores sean conducidos paulatinamente a lanzarse al agua de la investigación. Y estas condiciones no se crean con cursos técnicos de metodología, sino con un cambio de política y de mentalidad por parte de la institución universitaria. En este sentido es muy importante, por ejemplo, que el mensaje institucional de la universidad se oriente desde el principio a disminuir los temores y las resistencias naturales existentes en todos aquellos que nunca se han lanzado a chapotear en el agua de la investigación. Muchos profesores se encuentran profundamente convencidos de que no son capaces de hacer investigación y rechazan, desde el comienzo, cualquier invitación a hacerlo. ¿Qué sentido tiene, entonces, invitar o, peor aún, obligar a estos profesores a seguir cursos de métodos y técnicas de investigación, si carecen de la motivación para hacer investigación?

Para disminuir los temores que suscita en muchos profesores la sola idea de comenzar a hacer investigación, es necesario que la universidad comience valorizando el trabajo investigativo que aquéllos llevan a cabo durante el proceso de preparación de los cursos que imparten a los estudiantes. En esta dirección, hay que revalorizar desde el principio los apuntes que el profesor elabora para preparar sus clases. Estos apuntes

suelen contener notas de lecturas, datos, análisis e ideas personales que cada profesor ha venido elaborando, a veces durante varios años consecutivos, pero que sólo son conocidos por el mismo profesor y por el puñado de estudiantes que asiste a sus clases. Se trata, sin embargo, de un material muy valioso que debe ser valorado como lo que es: el resultado de una investigación personal. Y, también, como lo que puede llegar a ser: el punto de partida de nuevas y futuras investigaciones. En la medida en que la universidad revalorice este tipo de materiales escritos, estará sentando las bases para hacer de la investigación una actividad de todos sus profesores y no el privilegio de una élite de sabios esotéricos.

“La investigación es una vocación”

No es raro escuchar en ciertos medios académicos y profesionales que ser investigador es una especie de vocación personal para la cual se necesita un conjunto de disposiciones especiales que sólo algunas personas poseen. Quienes no posean estas dotes personales -se dice-, por más que lo quieran, no podrán llegar a ser nunca investigadores.

Este es otro de los mitos que desalienta a muchos profesores a hacer investigación. La verdad, sin embargo, es que ser investigador no es ninguna vocación con la que se viene al mundo desde el momento en que se nace. Es, por el contrario, una actividad aprendida. Nadie nace siendo investigador. Todos los investigadores se han hecho investigadores haciendo investigación.

Las motivaciones y las circunstancias que les han empujado a iniciarse en esta actividad difieren de un caso a otro. Algunos comenzaron a realizarla debido a circunstancias accidentales, otros por la simple necesidad de mejorar sus ingresos económicos y otros empujados quizás por el deseo de imitar a algún profesor o investigador. Habrá también quienes hayan tenido motivaciones más altruistas, como la de entregar sus vidas a la búsqueda de la verdad o al servicio de la humanidad. Pero, en todos los casos, el investigador siempre habrá sido el resultado de un proceso de enseñanza/aprendizaje. Es un mito creer que el talante de investigador es una especie de predisposición genética o un don natural, innato.

Es cierto que hay investigadores que son mejores que otros. Pero esto no tiene nada que ver con alguna misteriosa vocación o predisposición genética, sino con las condiciones socioculturales que cada persona ha tenido a su alcance para poder adentrarse en el mundo de la investigación. Es indudable, por ejemplo, que los investigadores que han podido realizar su formación académica en condiciones privilegiadas y que han sido iniciados tempranamente en la investigación, tendrán ventajas comparativas en relación a aquéllos que han estudiado en condiciones difíciles y han sido iniciados tardíamente en la investigación. El clima existente en las instituciones donde uno trabaja representa otra de las ventajas comparativas en materia de investigación: si este clima no estimula el espíritu de investigación, la institución difícilmente podrá contribuir a forjar buenos investigadores. Alguien tendría que ser realmente un genio para

llegar a convertirse en un gran investigador, sin haber recibido una buena formación académica, sin haber sido iniciado nunca en el oficio de la investigación, sin contar con la más mínima experiencia investigativa y, por último, sin recibir, de parte de la institución en la cual trabaja, los recursos materiales y los estímulos sociales necesarios para hacer investigación. Es obvio que, en condiciones tan adversas como éstas, una persona normal no podrá llegar a ser nunca un buen investigador.

“La investigación es una actividad espontánea del espíritu humano”

No son pocas las personas que piensan que la búsqueda y el descubrimiento de la verdad es el resultado de una intuición súbita e inmediata, que se produce en los momentos en que el espíritu del investigador es literalmente poseído por un arrebató de inspiración. Si así fuese, es evidente que la investigación sería una actividad difícil o imposible de planificar, porque esos momentos de inspiración llegan y se van sin previo aviso, escapando a la voluntad y al control del investigador. Este sólo podría hacer investigación por pequeños ratos: durante los pocos segundos o minutos que dure la inspiración. La mayor parte de su tiempo, el investigador se la pasaría aguardando pacientemente la llegada del siguiente arrebató de inspiración.

Nada más alejada de la realidad que esta forma de concebir la investigación. Al igual que la producción de una novela, una investigación es siempre el fruto de un largo

y paciente trabajo intelectual. La intuición o, si se prefiere, la inspiración puede hacer su aparición en medio de este proceso o al final del mismo, como un ingrediente adicional. Pero no produce ningún fruto, si no se ha visto precedida de un trabajo sistemático y acumulativo. De ahí que, con o sin inspiración, el investigador, como el novelista, se ve obligado a trabajar con cierta sistematicidad sobre su obra. Sin esta disciplina, la investigación se convierte en una actividad improvisada, cuyos resultados tenderán inevitablemente a perder calidad. Pero, además, en la medida en que el trabajo del investigador no cuente con un mínimo de planificación y de organización, su productividad tenderá también a ser menor. Con ello, el primer perjudicado es el mismo investigador, puesto que su mejor carta de presentación profesional la constituyen no sólo la calidad, sino también la cantidad de sus investigaciones y publicaciones.

Es evidente que quien sale ganando con el incremento de la calidad y de la cantidad de investigaciones no es sólo el investigador o el profesor-investigador, sino también la universidad en la cual éste lleva a cabo sus investigaciones. No hay duda de que para las instituciones demandantes de investigaciones y para las agencias de financiamiento dispuestas a financiarlas, resulta mucho más atractiva una **universidad-investigativa** en la que toda su planta de profesores hace investigación de forma permanente y abierta, que aquélla en la que dicha actividad involucra discretamente a unos cuantos profesores y sólo cuando éstos se sienten con la inspiración necesaria para hacerla.

Ahora bien, para que la universidad deje de ser una universidad puramente docente y se convierta en una universidad-investigativa, es necesario que las autoridades universitarias y los profesores se decidan a crear un marco normativo institucional que permita, respetando las especialidades y las áreas de interés de cada persona, incrementar la calidad y la cantidad de las investigaciones producidas anualmente por cada profesor-investigador. Para ello es necesario suscribir una especie de pacto en pro de una universidad-investigativa por el que cada una de las partes se comprometa a definir y a asumir responsablemente ciertas reglas del juego en materia de investigación. Este pacto debería definir, entre otras cosas, los tiempos dedicados a la investigación, los tipos de productos esperados, los plazos de entrega, los criterios de calidad, los mecanismos de seguimiento y evaluación, los sistemas de premiación, las modalidades de financiamiento y los procedimientos para publicar los resultados de investigación. Para poder avanzar en esta dirección, la universidad se verá obligada a racionalizar al máximo la distribución interna de su presupuesto, con la finalidad de incrementar hasta donde sea posible los fondos que ella puede destinar para financiar la investigación. A pesar de las restricciones financieras que pesan sobre las universidades de los países pobres, la combinación de cierta dosis de creatividad y de pragmatismo, con una firme voluntad institucional, constituyen los ingredientes esenciales para acabar con el mito de que la investigación es un don o una vocación especial de unos cuantos superdotados.

“La investigación es tan cara, que es mejor no hacerla”

Es verdad que la investigación implica costos y que estos costos son elevados. Exige recursos importantes para pagar salarios, mantener y mejorar la infraestructura material, formar y reciclar la formación de los investigadores y, además, financiar la publicación y difusión de los resultados de las investigaciones. Y como los países pobres y las universidades pequeñas no siempre cuentan con los recursos necesarios para sostener esta costosa actividad, hay autoridades universitarias que llegan a la conclusión de que la investigación es tan cara, que es mejor no hacerla. Según esta concepción, la opción más barata y rentable consiste en que la universidad se dedique sólo a la actividad docente. Bajo tales premisas, lo más a que se podría aspirar es a crear programas de maestría de excelente calidad. Pero, incluso en estos programas, razonan quienes ven las cosas de esta manera, la docencia debe primar sobre la investigación, porque la fórmula inversa presenta siempre el inconveniente de ser demasiado costosa.

Este tipo de razonamiento oculta otro mito que desalienta a las universidades pequeñas de los países pobres a impulsar una estrategia más agresiva en materia de investigación. Tanto para los países pobres como para sus pequeñas universidades, **lo más costoso no es hacer investigación, sino el no hacerla**. Paradójicamente, lo más costoso es una universidad dedicada exclusivamente a la actividad docente. ¿Por qué razón?

En primer lugar, porque la docencia, sin la investigación, es una pobre docencia. Ella termina por empobrecer no solamente el espíritu de los estudiantes que la reciben, sino también el de los profesores que la imparten. En el mundo de hoy, el profesional que no posee un espíritu de investigación, no puede ser un buen profesional.

En segundo lugar, la inversión en docentes que, además de impartir docencia, realizan investigaciones, genera más valor agregado que aquella inversión destinada a profesores dedicados a la pura docencia. Comparada con la transmisión repetitiva de conocimientos, la producción de nuevos conocimientos tiene también un mayor efecto multiplicador para la universidad y para el país.

En tercer lugar, el no hacer investigación se traduce en elevados costos para el desarrollo del país en la medida en que las decisiones deben tomarse “a ciegas”, sin el conocimiento y la información apropiada para optar por las mejores alternativas de desarrollo institucional, económico, social y cultural. En tales circunstancias, las decisiones adoptadas pueden producir efectos no deseables, que contribuyan a agravar aún más los problemas del subdesarrollo, en lugar de resolverlos. A la larga, los costos que se querían evitar terminan por elevarse en una forma exorbitante.

Y, por último, los países que no invierten en investigación se ven obligados a pagar los costos de tener que “adaptar” los resultados de las investigaciones importadas del extranjero. Estos costos suelen ser sumamente elevados en la medida en que esa adaptación tiene implicaciones y efectos económicos, políticos, institucionales, culturales y sociales.

“La investigación es la obra del investigador aislado”

Nada más alejado de la realidad que el mito que concibe la investigación como el resultado de un investigador que trabaja en solitario, con total independencia de otros investigadores. Desde hace varios años, el desarrollo de los sistemas de comunicación digital se ha encargado de mostrar que los resultados de las investigaciones son el resultado de un verdadero trabajo colectivo. Esta producción de conocimientos, comienza en el nivel más elemental, con los equipos de investigación existentes localmente al interior de cada institución (universidad, laboratorio, etc.), pero desemboca en la conformación de equipos de investigación más amplios integrados por investigadores provenientes de diversas instituciones y de diversos países. En el interior de estas redes, los resultados de las investigaciones circulan de una universidad a otra, de un centro de investigación a otro, como flujos de información susceptible de transformarse rápidamente en *inputs* para estudios que se realizan simultáneamente en diferentes instituciones y países del mundo.

La productividad y la calidad alcanzada por los investigadores en sus investigaciones depende de la existencia de los colectivos de investigación. Detrás de los nombres de los grandes investigadores y detrás de los grandes descubrimientos se encuentra siempre la presencia, muchas veces inadvertida, de estos colectivos. Son estos equipos los que crean y recrean la atmósfera intelectual indispensable para que puedan germinar y madurar las investigaciones. Es en ellos y sólo en ellos donde cada investigador pue-

de encontrarse con sus pares para compartir y discutir las interrogantes y los avances de sus propias investigaciones, así como para concebir las formas de cooperación que puedan permitirles avanzar juntos en la creación del conocimiento.

Dada la importancia que estos equipos tienen para la práctica de la investigación, nuestras universidades no deberían escatimar los esfuerzos tendientes a su creación y consolidación. Es indudable, sin embargo, que estos colectivos no se crean por decreto, desde las oficinas de las autoridades superiores. Son más bien el resultado de las iniciativas provenientes de los mismos profesores que, al interior de sus respectivas unidades académicas, se reúnen de manera formal o informal para compartir y debatir con sus colegas de disciplina o de disciplinas afines, los resultados de sus reflexiones intelectuales y de sus propias investigaciones personales, por muy pequeñas o irrelevantes que éstas puedan parecer a veces.

“La investigación de calidad sólo puede hacerse con tecnología de punta”

Esta afirmación es el resultado de una *generalización excesiva* del papel que ha jugado la tecnología de punta en el desarrollo de la investigación en *ciertas disciplinas* y en la realización de *ciertas etapas* de los procesos de investigación. Sus premisas son, por lo tanto, erróneas y conducen a la implementación de políticas de investigación desacertadas y a verdaderos callejones sin salida. Porque, si fuese cierto que toda investigación de calidad requiere del empleo de tecnología de punta en todas y cada una

de sus etapas, es obvio que ni siquiera las investigaciones realizadas en las universidades y en los laboratorios de los países industrializados serían capaces de alcanzar estos estándares de calidad. Nos encontramos aquí con una concepción extremadamente simplista de lo que es la relación entre tecnología de punta e investigación.

Hay que tener presente, en primer lugar, que el empleo de la tecnología de punta está asociado sobre todo a ciertas disciplinas; a las llamadas “ciencias duras” (física, química, etc.), que requieren de sofisticados y costosos equipos de laboratorio. Sin embargo, sería un error creer que todos los aparatos que se utilizan en todos estos laboratorios pertenecen siempre a la última generación tecnológica. Debido a razones presupuestarias y de costos, no es raro encontrar en ellos la coexistencia de generaciones tecnológicas diferentes, sin que ello ponga en entredicho la calidad o la cientificidad de sus investigaciones.

Comparadas con lo que hemos llamado las “ciencias duras”, las ciencias sociales y humanas requieren, en términos generales, de un *aparataje tecnológico* menos complejo. En disciplinas como la antropología, la sociología, las ciencias políticas y la economía, por ejemplo, es muy frecuente que la mayor parte de los instrumentos de “experimentación” y observación utilizados no pertenezcan a la última generación tecnológica. En éstas, como en otras disciplinas, el grado de sofisticación tecnológica de los instrumentos empleados no determina siempre, de la misma manera y con la misma magnitud, como una especie de fatalidad metodológica, la calidad de las investigaciones realizadas. Debe recordarse que, ade-

más del factor tecnológico, en toda investigación entran en juego otras variables (experiencia del investigador, grado de desarrollo del referencial teórico, etc.) que pueden jugar un papel igualmente o a veces más determinante que aquél.

Hay que tener presente también que, aun en las disciplinas que emplean mucha tecnología de punta, el uso de la misma no permanece constante a lo largo de todo el proceso investigativo, sino que varía de una fase a otra. Incluso en las llamadas “ciencias duras”, hay ciertas etapas del proceso de investigación que pueden ser realizadas con instrumentos relativamente simples. Lo mismo ocurre en las ciencias humanas y sociales, donde muchas tareas pueden ser ejecutadas sin la mediación de ningún aparato, con la simple ayuda de un lápiz y una hoja de papel.

Teniendo como referentes su propia misión e identidad institucional y la realidad del país al cual pretenden servir, nuestras universidades deben definir los criterios que les permitan buscar y escoger las tecnologías apropiadas de investigación. El mito de la tecnología tiende a hacernos olvidar el hecho de que no es lo mismo hacer investigación en un país industrializado que en países como los nuestros, donde las demandas de investigación, las temáticas de estudio, las prioridades institucionales, los recursos materiales y humanos disponibles y las condiciones sociales y políticas son distintas a las del mundo desarrollado. El sofisma de que la investigación de calidad sólo puede lograrse con la adquisición de tecnología de punta puede convertirse en un discurso paralizante para los investigadores o puede, en nom-

bre de la búsqueda del desarrollo, conducir a nuestras universidades a experiencias con frustrantes resultados.

“La publicación no forma parte del proceso de investigación”

En países como los nuestros, donde no existe una cultura de lectura y una cultura editorial muy desarrollada, hay investigadores que tienden a considerar la elaboración del informe final de una investigación como la fase terminal del proceso investigativo. El inconveniente de estos informes consiste en que ellos están destinados a un pequeño y cerrado grupo de lectores: los responsables de la institución donde se llevó a cabo la investigación y, cuando hay financiamiento externo de por medio, los responsables de la agencia donante o solicitante de la investigación.

Tales informes no pueden ser considerados como una “publicación” en el sentido estricto del término y, en la medida en que no llegan a ser conocidos y debatidos por la comunidad más amplia de científicos, no alcanzan a ser validados por ésta en los espacios existentes para tal efecto (libros, revistas especializadas, congresos, etc.). Por esta misma razón, es poco el impacto que esos informes de investigación pueden ejercer sobre el avance del conocimiento científico, dentro o fuera del país donde han sido realizados.

Es obvio que nuestras universidades y nuestros países obtienen un mayor valor agregado de los resultados de sus investigaciones cuando éstos dejan de ser meros “in-

formas internas”, con una circulación institucional restringida, y se convierten en “publicaciones” de circulación ampliada. De esta manera, las investigaciones de la universidad pueden contribuir al desarrollo de la comunidad científica nacional, a mejorar el conocimiento que tienen del país los diseñadores de políticas y los tomadores de

decisiones, a enriquecer el material bibliográfico existente para la formación académica de los futuros profesionales del país y a cumplir con una de sus misiones más importantes: la de ser conciencia crítica y propositiva de la sociedad a la cual pretende servir.

Bibliografía

Bruner, José Joaquín y Eduards, Krister (1993). *Nicaragua. Higher Education and Research*. Santiago de Chile y Stockholm, Swedish Agency for Research Cooperation with Developing Countries.

CEPAL-UNESCO (1992). “Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad”, en Varios, *Universidad y crisis*. Managua, Editorial UCA.

Rugarcía Torres, Armando (1995). *Hacia el mejoramiento de la educación universitaria*. México, Universidad Iberoamericana.

Saha, Lawrence J. (1992). “La universidad y el desarrollo nacional: retos y problemas en los países en desarrollo”, en Varios, *Universidad y crisis*. Managua, Editorial UCA.

Winkler, Donald (1994). *Educación superior en América Latina: cuestiones sobre eficiencia y equidad*. Banco Mundial.

World Bank (1994). *Higher Education: The Lessons of Experience*.